

LA CORONA COMO TELÓN DE FONDO LAS NUEVAS DERECHAS MONÁRQUICAS EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS (1917-1939)

Guillermo María Muñoz

Universidad Complutense de Madrid

gumaria@ucm.es

Como es bien sabido, la Primera Guerra Mundial transformó la realidad existente de manera radical. Hobsbawm señalaba que el “corto” siglo XX comenzaba a partir de la Gran Guerra.¹ Con ella las masas se terminaban de integrar en la política y se daba comienzo a una agitación popular sin parangón que sacudió toda Europa. Desaparecieron imperios y dinastías centenarias, se dividieron países, dando lugar a nuevos Estados, se anexionaron territorios, surgió el fascismo y el comunismo en su aplicación práctica y, sobre todo, se puso en duda el orden establecido. La democracia (y sus sucedáneos) con el paso de los años, entraría en una profunda crisis. En definitiva, la Gran Guerra tuvo unas consecuencias inmensas que, a grandes rasgos, se podría decir que trajeron a Europa la modernidad y el progreso, pero también la celeridad, la incertidumbre y la desconfianza. En 1914 Europa aceleraba su abandono del siglo XIX y sus (escasos) restos de Antiguo Régimen, esa sociedad burguesa del orden.² Se abandonaba aquel “mundo de la seguridad” que definió tan brillantemente Stefan Zweig en sus memorias.³ Bien es cierto que ese ambiente decimonónico ya se había empezado a sacudir a finales del propio XIX y comienzos del XX. Al igual que también es cierto que ese universo mantuvo algunos retazos en el periodo de entreguerras. Sin embargo, es innegable el punto de ruptura que supuso la Primera Guerra Mundial a todos los efectos.⁴

¹ Hobsbawm, E.: *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Barcelona: Crítica, 2013 (ed. original 1995).

² Mayer, A. J.: *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid: Alianza Editorial, 1984 (ed. original, 1981). Una versión más actualizada sobre el papel de la nobleza a finales del XIX y comienzos del XX lo encontramos en la obra de Hernández Barral, J. M.: “Un juguete roto. Ennoblecimientos durante el reinado de Alfonso XIII”, *Ayer*, 96 (2014), 61-81; o sobre el impacto de la guerra en la aristocracia Íd.: “La nobleza española ante la Gran Guerra: ¿el Gran Cambio?” *Rúbrica contemporánea*, vol. 3., 6 (2014), 47-56.

³ Zweig, S.: *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona: Acantilado, 2011 [ed. or. 1942].

⁴ Un análisis de Gran Guerra y sus consecuencias, en Veiga, F. y Martín, P.: *Las guerras de la Gran Guerra (1914-1923)*, Madrid: Los Libros de la Catarata, 2014. Sobre la crisis de la democracia, véase Linz, J. J.: “La crisis de las democracias”, en Martín-Aceña Manrique, P., Juliá Díaz, S. y Cabrera Calvo-Sotelo, M. (coords.): *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 1991, pp. 231-280. Sobre la relevancia de la guerra en el surgimiento del fascismo y comunismo, atendiendo también a sus orígenes más a largo plazo, remitimos a obras de primer orden como Gentile, E.: *Fascismo: historia e interpretación*, Madrid: Alianza Editorial, 2004; y Figes, O. y Kolonitskii, B.: *Interpretar la Revolución*

Como varios historiadores han puesto de relieve, aunque España no entrase en la Primera Guerra Mundial, esta sí entró en España. Desde la transformación de las estructuras económicas y de mercado, pasando por las acciones subversivas efectuadas por los contendientes en territorio peninsular,⁵ hasta una auténtica guerra cultural que no solo afectó a las élites intelectuales y que fue una canalización del enfrentamiento latente entre diferentes culturas políticas y maneras de concebir la realidad.⁶ Por no citar las consecuencias sociales de agitación obrera, protesta y desórdenes callejeros que se produjeron en España en aquellos años, con su consecuente respuesta derechista y patronal manifestada a través del pistolero.⁷

En definitiva, la Gran Guerra sumergió a España en una gran inestabilidad social y económica que se acabó trasladando a lo político poniendo de manifiesto los fallos estructurales de la Restauración y haciendo tambalear al mismo sistema. Algo que afectó en mayor o menor medida al resto de países europeos (normalmente con mayor intensidad dada su participación en el conflicto). Así, la Primera Guerra Mundial no hizo sino acelerar los procesos de cambio y ruptura que ya habían comenzado algunas décadas antes.⁸

Otra de las consecuencias de la Gran Guerra fue el surgimiento de nuevos actores políticos y de nuevas ideologías en toda Europa como respuesta a este nuevo panorama planteado tras la conflagración mundial.⁹ El tema a tratar en las páginas que siguen es precisamente cómo las derechas se transformaron para afrontar esta nueva realidad hasta el punto de que se convirtieron en algo totalmente nuevo y desconocido hasta el momento. No obstante, es necesario realizar una puntualización, pues aquí se tratará en concreto de la derecha monárquica, y para ser más exactos de la derecha alfonsina, por lo que se dejará a un lado tanto el carlismo y sus variaciones -integrismo- como el fascismo. Ciertamente existen algunas similitudes entre el fascismo y esta nueva derecha. A pesar de ello, son más importantes sus diferencias, de tal manera que cabría calificar esta nueva derecha como una “derecha radical” o “autoritaria”. Las diferencias sustanciales entre ambos pensamientos son varias. Por un lado, el fascismo se puede catalogar como un movimiento verdaderamente revolucionario que pretende construir una nueva realidad y un nuevo hombre -la “revolución antropológica” de la que hablaba Gentile- muy diferente de lo concebido hasta ese momento. Por otra parte, el fascismo lleva hasta el extremo tanto el

Rusa. *El lenguaje y los símbolos de 1917*, Madrid/Valencia: Biblioteca Nueva/Universitat de València, 2001. Un buen ensayo sobre impacto de la Gran Guerra puede verse también en López Vega, A.: *1914. El año que cambió la historia*. Madrid: Taurus, 2014.

⁵ González Calleja, E.: *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial, 1914-1919*, Madrid: Alianza Editorial, 2014.

⁶ Fuentes Codera, M.: “La Gran Guerra en España: polémicas intelectuales e impacto político y social”, *Hispania Nova*, 15 (2017), pp. 373-393; o Íd.: “Volver a la Gran Guerra: Sobre la relación entre los debates políticos e intelectuales y su impacto en la sociedad española”, en Sanz Díaz, C. y Z. Petrovici (dirs.): *La Gran Guerra en la España de Alfonso XIII*, Madrid: Sílex, 2019, pp. 171-190.

⁷ Remitimos a la clásica obra de Lacombe, J. A.: *La crisis española de 1917*, Madrid: Ciencia Nueva, 1970. Para una versión mucho más actualizada, Moreno Luzón, J.: “Tomar partido. La vida pública española ante la Gran Guerra”, en Fusi, J. P. y G. García (eds.): *Cartas al Rey. La mediación humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*, Madrid: Patrimonio Nacional/Santander Fundación, 2018, pp. 97-115.

⁸ Romero Salvadó, F. J. y A. Smith (eds.): *La agonía del liberalismo español. De la revolución a la dictadura (1913-1923)*, Granada: Comares, 2014.

⁹ Mazower, M.: *La Europa Negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del Comunismo*, Barcelona: Ediciones B, 2001 (ed. or. 1998).

empleo de la violencia como la sacralización no solo de la nación, sino también del propio fascismo.¹⁰ De esta forma, aunque en algunos puntos existen conexiones entre esa derecha radical y el fascismo son muy notables las diferencias entre ellas. Son dos fenómenos totalmente distintos.

Técnicamente -y la historiografía parece estar en consenso- el nacimiento de las nuevas derechas en España comenzó en 1913 con el surgimiento del maurismo como movimiento político.¹¹ No obstante, será a partir de la Primera Guerra Mundial cuando la nueva derecha se consolide en España y comience a apartar gradualmente del panorama político a la vieja y elitista política liberal. La razón de esta paulatina sustitución se encuentra en la crisis del sistema de la Restauración, que no supo afrontar los nuevos desafíos políticos y sociales, auspiciada a su vez por una grave fragmentación de los partidos dinásticos, sin claros líderes, que causaron numerosas caídas de gabinetes de ministros haciendo aún más inestable el régimen político. Lo que no implica que la Restauración tuviera que desembocar necesariamente en una dictadura.¹²

De esta forma, el liberalismo comienza a ser desafiado desde dos bandos. Por un lado, el socialismo y, por otro, esta nueva derecha en la que se apoyará a su vez para derrotar al socialismo. Este será precisamente uno de los puntos fundamentales de esta nueva derecha: el miedo a la revolución. A raíz de la Revolución bolchevique las derechas conservadoras siempre tuvieron presente que era posible en cualquier momento que en España surgiera una revolución liderada por el marxismo que trastocase el orden establecido. Este miedo era real. De hecho, el mismo Alfonso XIII parece que solicitaba copias de informes secretos que trataban sobre la evolución del comunismo en Europa del Este, como el encontrado en el Archivo General de Palacio, emitido por la legación de España en Atenas con fecha de 1924.¹³ Esto llevaría a estas nuevas derechas a adoptar una serie de rasgos que son fundamentales en su definición ideológica: el autoritarismo, el militarismo, la defensa del orden, y el anticomunismo (sin distinción entre anarquistas, comunistas o sindicalistas revolucionarios).

Hay que tener en cuenta que estos años finales de la Restauración son especialmente convulsos. Por un lado, hay una crisis económica que genera a su vez una fuerte convulsión social con numerosas huelgas y disturbios (trienio bolchevique), de verdaderas pretensiones revolucionarias, que lleva a un enfrentamiento callejero armado en las grandes ciudades entre obreros y pistoleros costeados por patronos y fuerzas derechistas. Por otra parte, están las llamadas Juntas Militares de Defensa, en las cuales se inserta una parte del ejército con el fin de someter a presión a los diferentes gobiernos para obtener sus demandas.¹⁴ Un auténtico pseudogolpe de Estado. A esto cabría añadir las demandas autonómicas de los catalanistas que comenzaron a organizar en forma de campañas masivas

¹⁰ Gentile, E.: *Fascismo, op. cit.*

¹¹ Avilés Farré, J.: "El lugar del maurismo en la historia del conservadurismo español", en Tusell, J., F. Montero, J. M. Marín (eds.): *Las derechas en la España contemporánea*, Barcelona: Anthropos, 1997, pp. 115-128; Gil Pecharromán, J.: *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid: Eudema, 1994 y González Hernández, M. J.: *Ciudadanía y acción: el conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid: Siglo XXI, 1990.

¹² Quiroga, A.: "Nación y reacción. El nacionalismo conservador español y la crisis de la Restauración", en Romero Salvadó, F. J. y A. Smith (eds.): *La agonía del liberalismo, op. cit.*, pp. 197-222.

¹³ Archivo General de Palacio, Sección Reinados, Alfonso XIII, C^a 12808/2.

¹⁴ Boyd, C. P.: *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid: Alianza Editorial, 1990.

a partir de 1918 como resultado del pensamiento wilsoniano sobre la autodeterminación de los pueblos.¹⁵

Es bajo este contexto cuando surge la nueva derecha en España, una derecha que, por cierto, será mayormente monárquica como expresión de su nacionalismo radical. A raíz de esta coyuntura el maurismo se radicaliza, especialmente sus juventudes, rechazando ya de pleno el liberalismo y el parlamentarismo y demandando una dictadura militar que ponga orden en el país.¹⁶ Por otro lado, en diferentes ciudades van surgiendo pequeños grupos políticos derechistas radicales que demandan autoritarismo, militarismo, la eliminación del parlamento y el fin de un sistema, la Restauración, que se demuestra corrupto e incapaz de resolver las nuevas tensiones de posguerra. En Cataluña surge tanto la Unión Monárquica Nacional como la Liga Patriótica Española. En el País Vasco la Liga de Acción Monárquica. Un componente fundamental y esencial de esta nueva derecha será el radical nacionalismo español que propugnan y su monarquismo, como se observa en los nombres de estos grupos políticos. De ahí, que sea en los territorios con un nacionalismo alternativo al españolista - catalanismo o vasquismo- donde más arraiga esta nueva derecha.¹⁷

Esta nueva derecha no solo se caracteriza por su rechazo del liberalismo, su autoritarismo, militarismo, anticomunismo y por la defensa de la unidad nacional, sino también porque empiezan a abogar por alternativas al parlamentarismo, como el corporativismo.¹⁸ Otro rasgo básico será su defensa del catolicismo como esencia nacional, como algo inherente a la patria. Es decir, el nacionalcatolicismo.¹⁹ También se caracteriza por una mayor preocupación, sin precedentes hasta el momento, por diversas cuestiones sociales (una de las causas del cisma mellista) y, sobre todo, por una nueva manera de socializar la política con la población. Sin ningún tipo de duda, estas nuevas derechas hacen un mayor empleo de los símbolos políticos en una pretensión de apelar y movilizar a las masas. Es decir, se moderniza la política y la manera de hacer política por parte de las derechas. Uno de los principales símbolos que emplearán estas nuevas derechas será la monarquía, la cual pasa a representar el españolismo, el catolicismo y el orden. Estamos por tanto ante una reconversión de la Corona como símbolo político, la cual deja atrás el liberalismo para obtener nuevos significados a ella asociados, más acordes con las ideas defendidas por esta nueva derecha. Así, en este sentido, se entiende que sea bajo un gobierno minoritario de mauristas cuando el trono protagoniza uno de los eventos más importantes del nacionalcatolicismo español del primer tercio del siglo XX: la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles en 1919. De esta forma, la monarquía de Alfonso XIII comienza a asociarse y a defender un nuevo tipo de nacionalismo, radical, autoritario, católico y militarista muy alejado del nacionalismo liberal que había

¹⁵ Moreno Luzón, J.: "De agravios, pactos y símbolos. El nacionalismo español ante la autonomía de Cataluña (1918-1919)", *Ayer*, 63 (2006), 119-151.

¹⁶ Avilés Farré, J.: "El lugar del maurismo en la historia", *op. cit.*

¹⁷ Moreno Luzón, J.: "De agravios, pactos y símbolos" *op. cit.*

¹⁸ Perfecto García, M. Á.: "Corporativismo y catolicismo social en la Dictadura de primo de Rivera", *Studia historica*, 2 (1984), 123-147; Íd.: "El corporativismo en España: desde los orígenes a la década de 1930", *Pasado y Memoria*, 5 (2006), 185-218.

¹⁹ Más allá de las obras ya citadas, remitimos también a Botti, A., F. Montero y A. Quiroga (eds.): *Católicos y patriotas. Religión y nación en la Europa de entreguerras*, Madrid: Sílex, 2013 y González Calleja, E. y F. Del Rey Reguillo: *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las "guardias cívicas" en la España del siglo XX*, Madrid: CSIC, 1995.

defendido en los años previos.²⁰ Así, no es extraño que uno de los rasgos principales de esta nueva derecha sea su monarquismo, pues la Corona pasa a encarnar los ideales por ellos defendidos. Las apelaciones a la monarquía serán una constante de esta nueva derecha de entreguerras. Algo en lo que contribuyó el mismo soberano con su presencia en diversos actos de tipo nacionalista como el citado del Cerro de los Ángeles, o muchos otros como se verá.

No obstante, en estos años estamos ante una nueva derecha todavía muy fraccionada y con las ideas en formación. Será durante la dictadura de Primo de Rivera cuando esta derecha termine de desarrollarse. Para estos grupos derechistas el régimen primorriverista pasará a encarnar el ideal de Estado que ellos propugnan. De hecho, la Unión Patriótica (UP en adelante) servirá de punto de encuentro de las diversas nuevas derechas, adelantando la labor aglutinadora que haría Acción Española durante la II República.²¹ Como ya señaló en su día Raúl Morodo “La dictadura de Primo de Rivera será el dispositivo político en donde coincidirán tendencias, que poco a poco se van haciendo afines, y, en definitiva, los hombres de la dictadura serán los hombres de Acción Española”. Aunque, creemos desacertado definir esta ideología como de “pre-fascista”, como se apuntaba al comienzo.²²

La dictadura de Primo de Rivera supuso una confluencia de diferentes grupos y culturas políticas, como católicos sociales, tradicionalistas, mauristas, al tiempo que también reunía a un grupo de nuevos intelectuales como ideólogos del régimen –los cuales estaban más cercanos y próximos a la nueva derecha radical europea de entreguerras–, como Ramiro Maeztu, Antonio Goicoechea, José María Pemán y José Pemartín. Así, las influencias del nacionalismo primorriverista eran amplias y, además, este no estaba exento de varias ambigüedades. No obstante, a grandes rasgos, se podría decir que el nacionalismo primorriverista era nacionalcatólico, corporativista, autoritario, militarista, centralista, contrarrevolucionario, antiparlamentarista y regeneracionista –entendido como proceso de modernización autoritario, que no liberal–.²³

En definitiva, la dictadura primorriverista y la UP recogían a grandes rasgos todo el programa ideológico de esta nueva derecha surgida tras la Primera Guerra Mundial, suponiendo al mismo tiempo un periodo donde estas nuevas ideas se terminarían de definir. Así, no es extraño que ya fuera durante la dictadura de Primo de Rivera cuando integristas y alfonsinos se asocian, en vista de que el pensamiento alfonsino se había radicalizado hasta el punto de estar muy próximo a los presupuestos tradicionalistas, por lo menos en su antiliberalismo y pensamiento antidemocrático. De esta manera, fue la dictadura de Primo de Rivera, y no la II República, la que sirvió de primer punto de encuentro a ambos grupos

²⁰ De la Cueva Merino, J.: “El rey católico”, en Moreno Luzón, J. (ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid: Marcial Pons, 2003, pp. 277-306.

²¹ Sobre Acción Española y sus relaciones con otras fuerzas derechistas véase Preston, P.: “Alfonsist monarchism and the coming of Spanish Civil War”, en Blinkhorn, M. (ed.): *Spain in conflict, 1931-1939. Democracy and its enemies*, London: SAGE, 1986 [ed. or. 1972], pp. 160-182.

²² Morodo, R.: *Acción Española. Orígenes ideológicos del franquismo*, Madrid: Tucur, 1980, pp. 9-10.

²³ Ben-Ami, S.: *La dictadura de Primo de Rivera*, Barcelona, Planeta, 1983; Navajas Zubeldía, C.: *Ejército, Estado y Sociedad en España (1923- 1930)*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1991; González Calleja, E.: *La España de Primo de Rivera. La Modernización autoritaria, 1923-1930*, Madrid: Alianza, 2005; Quiroga, A.: *Haciendo españoles: La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008; y Villacorta Baños, F. y M. L. Rico Gómez (eds.): *Regeneracionismo autoritario. Desafíos y bloqueos de una sociedad en transformación: España 1923-1930*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.

monárquicos, tan distantes antaño.²⁴ Por ejemplo, a la vuelta de la visita de Alfonso XIII a Pío XI en 1923 el diario *El Siglo Futuro* editó y publicó el discurso regio al papa y llegó a entregar una copia del mismo personalmente a Alfonso XIII como símbolo de la reconciliación de las dos ramas dinásticas.²⁵ La esencia nacionalcatólica, el antiparlamentarismo o el corporativismo que defendía la Corona y el régimen habían hecho aproximarse enormemente a Alfonso XIII a los integristas hasta el punto de ser sus nuevos valedores. Así lo expresó Víctor Pradera a Pemán al decir que su príncipe de Asturias era Alfonso XIII, en quien se unificarían las dos ramas dinásticas cuando muriera el pretendiente don Jaime.²⁶ En este sentido, creemos que, la tipología de pensamiento que se le achaca normalmente a Acción Española, que se podría catalogar como “la modernización autoritaria actualizada de los viejos temas tradicionalistas”,²⁷ ya se le podría aplicar a la UP de Primo de Rivera, más teniendo en cuenta la continuidad de nombres propios entre ambos o el lema de la UP que, sin duda, rememora al tradicionalista.

En muchas ocasiones la historiografía ha contemplado la ideología de la UP como algo ambiguo sin una definición ideológica plena y por tanto con una escasa base doctrinal.²⁸ No obstante, lo que verdaderamente llevó a cabo la UP fue unificar en torno suyo a las diversas derechas bajo un programa de mínimos, el nacionalcatolicismo, que permitía la convivencia entre las diferentes culturas políticas. De hecho, como en varias ocasiones mostraron tanto el dictador como sus ideólogos, la UP se erigió como una suerte de antipartido -en este sentido se aprecian las claras influencias del fascismo italiano, o por lo menos cierta pretensión de imitación-, de movimiento político alejado de todo tipo de partidismos que pretendía acoger en su seno todo aquel que defendiera un concepto católico de nación, donde lo monárquico tenía peso específico y primario.²⁹

De hecho, tanto la UP como la dictadura de Primo de Rivera pueden constituir un paradigma de estudio de esta nueva derecha monárquica de entreguerras. Como señaló Alfonso Botti, la dictadura primorriverista constituyó la primera institucionalización del nacionalcatolicismo, el primer régimen que adopta esta ideología como la oficial del Estado.³⁰ Si a esto le sumamos las herramientas de socialización política y de nacionalización de masas estudiadas por Quiroga,³¹ se puede ver que el primorriverismo tiene si no todos, sí gran parte de los ingredientes que caracterizan a las nuevas derechas de entreguerras: un fuerte nacionalismo integral, corporativismo, rechazo de la democracia, del parlamentarismo y del liberalismo en general, movilización de las masas, empleo de un

²⁴ Aunque es cierto que esta aproximación no quedaría teorizada hasta los años treinta por el marqués de Quintanar bajo el “nacional-tradicionalismo”. Al respecto, Preston, P.: “Alfonsist monarchism and the coming”, *op. cit.*

²⁵ Al respecto véase María Muñoz, G.: “Entre Coronas, cruces y banderas”, *op. cit.*

²⁶ Véase Pemán, J. M.: *Mis almuerzos con gente importante*, Barcelona: Dopesa, 1970, p. 34.

²⁷ Morodo, R.: *Acción Española. Orígenes*, *op. cit.*, p. 9.

²⁸ Martínez Segarra, R.: “La Unión Patriótica”, en Tusell, J., F. Montero, J. M. Marín (eds.): *Las derechas en la España contemporánea*, pp. 167-176.

²⁹ En enero de 1925 Primo de Rivera hizo un llamamiento a los republicanos para que se afiliaran a la UP, con la única condición de “que prometa al Jefe del Estado”, lo que anulaba su carácter republicano. En Soldevilla, F.: *El año político. 1925*, Madrid: Imprenta de Julio Costano, 1926, p. 48. El carácter monárquico de la UP no solo quedó definido en su infravalorado lema “Religión, Patria y Monarquía”, sino que también fue desarrollado por algunos teóricos como Pemán, véase “Comentarios al Decálogo de la Unión Patriótica”, *La Nación*, 20 de septiembre de 1928, p. 1.

³⁰ Botti, A., F. Montero y A. Quiroga (eds.): *Católicos y patriotas*, *op. cit.* p. 121.

³¹ Quiroga, A.: *Haciendo españoles*, *op. cit.*

lenguaje violento y bélico, construcción de un “otro” catalogado como la anti-España, etc. Bien es cierto que muchas de estas ideas no eran nuevas ni mucho menos, pero lo novedoso de la dictadura es que el régimen condensa todas estas ideas bajo un mismo movimiento.

Durante la dictadura de Primo de Rivera nos encontramos ya con muchos elementos propios de la derecha de entreguerras que se creían novedosos para los años treinta. El rechazo violento al liberalismo será uno de ellos. Analizando los escritos y textos de los ideólogos de la UP se puede ver cómo la negación del liberalismo tiene su razón de ser no solo en los fallos del sistema de la Restauración -corrupción, caciquismo, turnismo, etc.-, sino en la misma naturaleza de la ideología liberal, en el sufragio universal masculino, la representación parlamentaria e incluso los derechos universales. De hecho, se concibe que el liberalismo, irremediabilmente, acaba degenerando en el socialismo. Por lo tanto, estamos ante un rechazo frontal de los mismos pilares sobre los que se erige el liberalismo, y no solo ante una serie de críticas puntuales hacia un sistema. Los mismos primorriveristas se referían al liberalismo y a la Restauración como el “antiguo régimen”, algo que pertenecía al pasado y que ya no era capaz de poner solución a los problemas de aquel presente. Los intelectuales primorriveristas fueron muy conscientes de los cambios que había traído consigo la Gran Guerra y de las transformaciones ideológicas que habían sufrido las derechas europeas a partir de la misma.³²

Otro de los rasgos que ya adelanta la dictadura primorriverista será la construcción de un “yo” y un “otro”, catalogado este último como el enemigo, tanto “interno” como “externo”, la llamada anti-España. Es en estos años cuando este enemigo interno, los “malos españoles”, quedan asociados a la izquierda y a la república, algo que tendrá su resonancia más vehemente y violenta durante la II República. Esta equiparación de un régimen republicano a todos los males de la patria proviene del intento de “monarquizar” la nación que llevó a cabo la dictadura de Primo de Rivera.³³ Durante la Restauración -y también durante el siglo XIX- se había llevado a cabo un proceso de nacionalización de la monarquía, es decir, de asociar la Corona a la patria y erigir el trono como un símbolo de la nación. No obstante, durante los años veinte en España se asiste a un intento de erigir la monarquía como algo inherente a la nación, como una de las esencias de la patria -al mismo nivel que la religión-, algo incuestionable y consustancial a España sin la cual esta dejaría de ser ella misma, dejaría de existir.³⁴ De esta forma, la república pasa a ser contemplada como algo negativo en sí mismo, como la anti-España. Así lo afirmaba uno de los principales ideólogos del primorriverismo, José María Pemán, “Afirmar la Patria, en España, es afirmar conjuntamente la Religión y la Monarquía [...] Estas son, en efecto, las dos máximas realidades españolas”, ya que “la tradición nos muestra la Monarquía como elemento sustancial y formativo de la nación”.³⁵ Todo aquello que supusiera una negación del

³² Pemán, J. M.: *El hecho y la idea de la Unión Patriótica*, Madrid: Imprenta Artística Sáez Hermanos, 1929; Pemartín, J.: *Los valores históricos en la dictadura española*, Madrid: Publicaciones de la Junta de Propaganda Patriótica y ciudadana, 1929; o Mask: *Hacia una nueva España. Pasado, presente y porvenir del directorio militar*, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1925.

³³ El concepto de *monarquización* de la nación ya aparece en Villares, R.: “Prólogo”, en Barral Martínez, M.: (coord.): *Alfonso XIII visita España: monarquía y nación*, Granada: Comares, 2016, pp. XI-XVIII.

³⁴ María Muñoz, G.: “El año de la Corona. Monarquía, dictadura y nacionalismo en las bodas de plata de Alfonso XIII”, *Ayer*, 121, 2021, pp. 227-253; Íd.: “Entre Coronas, cruces y banderas. Monarquía, religión y nacionalismo español en la dictadura de Primo de Rivera”, *Hispania Sacra*, 146 (2020), 579-591.

³⁵ Pemán, J. M.: *El hecho y la idea*, op. cit., pp. 289 y 320.

catolicismo y del trono pasaba a formar parte de la anti-España. Alfonso XIII era contemplado como un garante del orden y un freno a la revolución y al comunismo, de esta manera, tal y como manifestó un clérigo de la época, el derrocamiento del monarca supondría una “mutilación nacional y el principio del fin de España”.³⁶ Esta concepción de la monarquía que identificaba la república con el caos y con la desmembración de España tuvo su continuidad durante la “Dictablanda” y por supuesto durante la II República.³⁷ Como expresó un semanario femenino de derechas a comienzos de 1931, “en el orden político en España solo hay un dilema: o Don Alfonso XIII o la revolución social”.³⁸

Esta *monarquización* de la nación -y su consecuente y natural rechazo a la república como forma de gobierno- se produce como continuación lógica del giro autoritario y derechista que había seguido la Corona a partir de la Primera Guerra Mundial. Como ya se ha dicho, será a partir de la contienda mundial, y especialmente a partir del año 1917, cuando la monarquía comienza a presentarse como un símbolo de un nacionalismo español radical, defensora de la religión, de la autoridad y del orden.³⁹ En este sentido, con la dictadura primorriverista se potencia y profundiza en esta derechización de la Corona. Hay que tener en cuenta que fue Alfonso XIII el legitimador del golpe de Estado de Primo de Rivera (pues es quien sanciona el golpe y no apoya al gobierno de García Prieto) y que durante la dictadura la Corona se asocia estrechamente con el régimen -tanto por parte de la misma monarquía como por parte del Gobierno- y es uno de los pilares fundamentales del mismo. Además, en estos años se produce también un desarrollo pleno de la monarquía como símbolo del nacionalcatolicismo y defensora de la religión.

La figura de Alfonso XIII aparece estrechamente ligada a una serie de iconos católicos tales como el Sagrado Corazón de Jesús. Algo que ya comenzó en 1919 -como se ha apuntado ya-, pero que se termina por desarrollar en 1923 con la visita regia al papa. A raíz de este viaje los metropolitanos españoles establecieron que cada 30 de mayo -día en que se celebró la consagración al Sagrado Corazón y, por cierto, día de San Fernando, santo de la monarquía española- se pronunciase en todas las iglesias de España la misma fórmula que en su día leyó el monarca, acompañado en muchas ocasiones de frases de elogio a la figura regia. Incluso se proyectó construir una estatua de Alfonso XIII en el mismo Cerro de los Ángeles. De esta manera, Alfonso XIII aparece estrechamente vinculado al Sagrado Corazón, todo un icono religioso con una fuerte carga política al ser un símbolo antiliberal.⁴⁰ Esta asociación entre ambos elementos seguirá vigente en parte durante la II República. Así se explica que en muchos de los actos del partido alfonsino Renovación Española -como inauguraciones de locales, de escuelas católicas, mítines, etc.- se comenzase el evento con una entronización al Sagrado Corazón realizada por algún párroco o se cantase el “Himno al Corazón de Jesús”.⁴¹ Así, se podría decir, que el Sagrado Corazón no es solo un símbolo católico -que por supuesto que también-, sino además un símbolo monárquico.

La identificación del catolicismo con la monarquía de Alfonso XIII no se quedó ahí solamente. Como decimos, es bajo un régimen nacionalcatólico como el primorriverista cuando la Corona pasa a identificarse plenamente con la religión católica hasta el punto de

³⁶ Labrac, A.: *El problema español*, La Coruña: El ideal gallego, 1927, p. 13.

³⁷ Para la II República véase, Preston, P.: “Alfonsist monarchism and the coming”, *op. cit.*

³⁸ “Cómo deben luchar los monárquicos”, *Mujeres españolas*, 1 de febrero de 1931, p. 5.

³⁹ Moreno Luzón, J. y X. M. Núñez Seixas: *Los colores de la patria. Símbolos nacionales en la España contemporánea*, Madrid: Tecnos, 2017, pp. 145-185.

⁴⁰ María Muñoz, G.: “Entre Coronas, cruces y banderas”, *op. cit.*

⁴¹ Al respecto, véase *Renovación Española*, febrero de 1934 y enero de 1935.

que Alfonso XIII revalida su título de “rey católico”.⁴² Esto se produjo a través de otro de los elementos propios de la nueva derecha de entreguerras: los rituales, ceremonias y escenografía política, algo muy desarrollado por el régimen de Primo de Rivera, que además sirvió no solo para estrechar lazos entre la religión católica y la monarquía, sino también entre esta y el primorriverismo. Esta conexión tan profunda entre el trono y el altar se comenzó a desarrollar a partir de la visita de Alfonso XIII a Pío XI, todo un acto de gran envergadura para el catolicismo español, tal y como se plasmó en el recibimiento que se hizo al soberano a su regreso a España. En Barcelona, Alfonso XIII revistó a unos 40.000 somatenistas ante unos 200.000 espectadores, algo que manifestaba la buena acogida de la defensa de la religión como esencia de España que había realizado Alfonso XIII ante el papa y la capacidad de movilización de masas que tenía el régimen.⁴³ Esta conexión entre religión y monarquía tuvo un desarrollo durante toda la dictadura con actos similares, como lo fue la coronación de la virgen de Guadalupe como “Reina de la Hispanidad” el 12 de octubre de 1928 -un evento que tuvo una lectura nacionalcatólica y providencialista- o con el acto a la virgen de Montserrat en mayo de 1929, donde Alfonso XIII definió España como “una, santa y católica”.⁴⁴ Con este tipo de actos la Corona se erigía como un símbolo nacionalcatólico, defensora al mismo tiempo de las ideas amparadas por el mismo primorriverismo. Una concepción del trono que tuvo su prolongación durante los años treinta. De hecho, Acción Española defendía una teoría de la monarquía muy similar, si no igual, a la que representó Alfonso XIII entre 1923 y 1930, sustentada en el catolicismo, la personificación del glorioso pasado, el militarismo, y la integridad de la unidad nacional.⁴⁵

No obstante, la conexión entre el régimen del dictador y la monarquía no se quedó solo en estos eventos católicos, sino que tuvo su manifestación en actos esencialmente nacionalistas. Alfonso XIII presidió bastantes bendiciones de banderas del Somatén,⁴⁶ revistaba a las milicias primorriveristas en aquellas ciudades que visitaba, estuvo muy presente en las celebraciones del 12 de octubre que tanto potenció y militarizó el dictador,⁴⁷ al igual que en la jura de bandera que sacó Primo de Rivera al espacio público en 1924.⁴⁸ Por no mencionar el grandioso homenaje que la dictadura tributó a Alfonso XIII el 23 de enero de 1925, donde una crítica al soberano por parte de Blasco Ibáñez se concibió como un ataque a la nación misma. Además, esta agresión a la Corona -y por tanto al tipo de nación que ella representaba- solo podía ser realizada por los enemigos de la patria, aquellos “que

⁴² Sobre el catolicismo del monarca en su periodo liberal véase De la Cueva Merino, J.: “El rey católico”, *op. cit.*

⁴³ *El Debate*, 23 y 27 de noviembre de 1923; Rubio Cabeza, M.: *Crónica de la Dictadura de Primo de Rivera*, Madrid: Sarpe, 1986, pp. 105-110; *Mundo Gráfico*, 5 de diciembre de 1923; *ABC*, 4 de diciembre de 1923; *La Monarquía*, 8 de diciembre de 1923.

⁴⁴ Estos eventos ya han sido estudiados en María Muñoz, G.: “Entre Coronas, cruces y banderas”, *op. cit.*

⁴⁵ Morodo, R.: *Acción Española. Orígenes*, *op. cit.*, pp. 293-327

⁴⁶ Algunos ejemplos en *ABC*, 29 de enero y 2 de febrero de 1924; *El Somatén*, mayo de 1928.

⁴⁷ Sobre la militarización del 12 de octubre: Marcihacy, D.: *Raza Hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, pp. 364-370 y 391-402. La participación del rey o la familia real en algunos de los actos del 12 de octubre en: *ABC*, 14 de octubre de 1924; “La Fiesta de la Raza”, *La Época*, 12 de octubre de 1925; o la ya referenciada coronación de la virgen de Guadalupe realizada el 12 de octubre de 1928.

⁴⁸ *ABC*, 1 de abril de 1924, pp. 9-10; y Soldevilla, F.: *El año político. 1924*, Madrid: Imprenta de Julio Costano, 1925, pp. 93-94.

quisieron sucumbiese España vendida al comunismo”.⁴⁹ Por lo tanto, el ataque a la monarquía suponía posicionarse a favor del socialismo y la revolución. En este evento, algunas fuentes hablan de una movilización de unas 70.000 personas para mostrar a Alfonso XIII que el régimen defendía a la Corona.⁵⁰ Incluso cuando el monarca se pretendió distanciar del régimen, este intentó mostrar una imagen pública de conexión entre Corona y dictadura, como pasó con la celebración del V aniversario del golpe de Estado.⁵¹

En este sentido se puede decir que el aforismo de la UP -y del régimen- “Dios, Patria y Monarquía” no era una mera proclama política copiada del carlismo, sino que pretendía expresar la ideología defendida por el régimen dictatorial, una reactualización modernizada del tradicionalismo. Una ideología que era la condensación perfecta de todas las ideas defendidas por la nueva derecha de entreguerras. Algo que se ve muy bien en los proyectos de futuro que tenía el régimen, como lo fue el anteproyecto constitucional de 1929 o la misma Asamblea Nacional Consultiva un órgano con representación corporativa que evidenciaba el rechazo al parlamentarismo y al sufragio directo. Incluso muchos de los ideólogos hablaban de la formación de un “Estado Nuevo” o de una “Nueva España”, donde la UP sería una suerte de partido único.⁵² En el anteproyecto constitucional de 1929 (del que acabó renegando el propio dictador) se defendía un fortalecimiento del Ejecutivo en manos del rey a través de la constitución del Consejo del Reino, un organismo que ampliaba las prerrogativas regias.⁵³ Algo que seguirían defendiendo las derechas monárquicas durante la II República como manifestó el ideario Acción Española⁵⁴ y que tuvo su continuidad durante el franquismo, que de hecho creó un organismo con el mismo nombre, aunque para asistir al propio Franco, como regente.⁵⁵ De hecho, los primeros estudios historiográficos sobre Acción Española, remarcaban las continuidades existentes entre los monárquicos alfonsinos durante la II República y el primer franquismo, siendo aquella un claro antecedente ideológico y doctrinario del segundo. De hecho, el mismo Franco estuvo suscrito a la revista *Acción Española*.⁵⁶

Otro de los rasgos fundamentales de la radicalización de las derechas que se adjudica al periodo de la II República como un aspecto novedoso de la misma no lo fue tanto: la adopción de un lenguaje violento y belicoso.⁵⁷ Ya con la dictadura primorriverista nos encontramos con una cierta profusión de un vocabulario violento dirigido contra los

⁴⁹ Varela, B.: *Campaña Justiciera de la Monarquía. Salvas de patriotismo. España por Alfonso XIII. Una fecha histórica 23 de enero de 1925*, Madrid: Editorial La Monarquía, 1925.

⁵⁰ *El Siglo futuro*, 23 de enero de 1925.

⁵¹ “Nuestro Soberano. La serie gloriosa de los Alfonsos españoles”, *La Nación*, 13 de septiembre de 1928, p. 16.

⁵² Quiroga, A.: “La idea de España en los ideólogos de la Dictadura de Primo de Rivera. El discurso católico-fascista de José Pemartín”, *Revista de Estudios Políticos*, 108 (2000), 197-224. Sobre los proyectos de futuro de la UP en el régimen, véase Pemán, J. M.: *El hecho y la idea*, op. cit.

⁵³ Una copia del anteproyecto constitucional se encuentra en la Real Biblioteca II-4064 (20).

⁵⁴ González Cuevas, P. C.: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid: Tecnos, 1998, pp. 107 y 375.

⁵⁵ Artículo 4 de la Ley de Sucesión en la jefatura de Estado de 1947, *Boletín Oficial del Estado*, 27 de julio de 1947, pp. 4238 y ss.

⁵⁶ Preston, P.: “Alfonsist monarchism and the coming”, op. cit. y Morodo, R.: *Acción Española. Orígenes ideológicos*, op. cit.

⁵⁷ González Calleja, E.: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid: Alianza Editorial, 2011

enemigos de la patria, fueran externos -los “moros”-,⁵⁸ o internos -comunistas y republicanos-. José Montagut se refería a Primo de Rivera como el “Caudillo de España”,⁵⁹ misma acepción que empleó Benigno Varela para referirse a Alfonso XIII en una obra suya una vez caída la monarquía.⁶⁰ Por ejemplo, en el homenaje especial al soberano realizado el 23 de enero de 1925, se lanzaron mueras contra Blasco Ibáñez. Como un coronel del ejército plasmó en un mensaje de adhesión al monarca: “Quien ataca o maldice de mi Patria, de mi Bandera y de mi Rey, es mi enemigo. Si fuera mi Padre, le olvidaría; si mi hijo, le arrojaría de mi hogar; si mi hermano, rompería los lazos fraternales. Ignoro cuál sería mi conducta tratándose de un extraño”.⁶¹

Con respecto a este mismo acto, decía el propagandista monárquico Benigno Varela que “los que bien conocemos el acerado temple de nuestro Rey, estamos seguros de que sería el primero de los españoles en ofrendar su vida poniéndose a la cabeza de sus soldados para defender a la nación antes de ver esta arrollada por el comunismo”.⁶² Por tanto, la manifestación de un lenguaje violento durante los años veinte fue un tanto usual y, en este sentido, adelantó ciertos comportamientos de la II República, donde se produjo una mayor radicalización de dicho lenguaje. Por tanto, se puede ver cómo es con la dictadura cuando muchos de los aspectos ideológicos de la nueva derecha se terminan de conformar y tienen su continuidad en los años venideros.

Se puede decir que, además, con la dictadura de Primo de Rivera la Corona aparece totalmente asociada a un tipo concreto de ideología -esa nueva derecha de entreguerras- y a un concepto de nación concreto -la nacionalcatólica- y por tanto totalmente alejada ya del liberalismo que había representado la monarquía a comienzos del reinado de Alfonso XIII.

Así, se explica que una parte importante de los viejos políticos de la Restauración -especialmente los liberales- acabasen abandonando su monarquismo en vista de que el trono ya no representaba los valores políticos que ellos defendían, sino que ahora se identificaba con una derecha autoritaria, católica y militarista. Alfonso XIII siguió contando con algunos apoyos de la Restauración, sobre todo con los conservadores -encabezados por Bugallal y Juan de la Cierva-, con los mauristas, con algunos catalanistas de Cambó y con su incondicional Romanones. Otros como José Sánchez Guerra, a pesar de su monarquismo, pusieron su constitucionalismo por delante y se fueron alejando del monarca a medida que veían cómo este se vinculaba más con la dictadura.⁶³

La llegada de la república no tiene que verse solamente como un ataque a la institución monárquica, sino también a lo que ella representaba, a su imagen pública, al modelo de nación que había defendido durante la dictadura. Con el régimen de Primo de Rivera, la Corona se estableció como un símbolo de la España católica y contrarrevolucionaria propia de las nuevas derechas autoritarias de entreguerras. Por lo tanto, el republicanismo pasó a ser algo asociado a las izquierdas y al laicismo en general. Ir contra la dictadura de Primo de Rivera era ir también necesariamente contra la misma

⁵⁸ Quiroga, A.: *Haciendo españoles*, op. cit.

⁵⁹ Montagut, J.: *El dictador y la dictadura*, Barcelona: Antonio Gost, 1928.

⁶⁰ Varela, B.: *En defensa del Rey*, Madrid: Editorial La Monarquía, 1932 [1ª ed. 1931].

⁶¹ Varela, B.: *Campaña Justiciera de la Monarquía*, op. cit., p. 117.

⁶² *Ibid.*, p. 56.

⁶³ Seco Serrano, C.: “El cerco de la monarquía. La ruptura de los partidos dinásticos con Alfonso XIII durante la dictadura de Primo de Rivera”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 183, 2 (1986), 161-269. El ambiente de los “viejos” políticos y sus diferentes posturas se pueden ver en los célebres diarios de Natalio Rivas: Biblioteca de la Real Academia de la Historia, 11/8909 y 11/8916.

monarquía, como bien lo expusieron los estudiantes de la Fundación Universitaria Española (FUE) durante sus manifestaciones contra el régimen, en las cuales se realizó la “iconoclasta destrucción de efigies, no solo de Primo de Rivera y sus ministros, sino también del Rey”;⁶⁴ o los artilleros durante su conflicto con el dictador, que hizo que se acabaran distanciando de la misma monarquía.⁶⁵

De esta forma, cuando Alfonso XIII intentó, en 1930, regresar al viejo sistema liberal de la Restauración durante la “Dictablanda”, se encontró con enormes dificultades a la hora de formar gobierno, pues sus viejos apoyos políticos habían dejado de serlo. No obstante, a comienzos de 1930 la Corona todavía podía movilizar ciertas fuerzas en su apoyo. A finales de abril de ese mismo año se organizó un gran acto monárquico a favor de Alfonso XIII ante los ataques que había sufrido días antes por parte de Sánchez Guerra. Una defensa del trono a la que también respondieron todos los prelados españoles enviando cartas de apoyo y adhesión al soberano.⁶⁶ El acto en sí reunió a unas 28.000 personas y supuso la inauguración de la nueva plaza de toros de las Ventas. Lo significativo del evento es que fue capaz de reunir tanto a los escasos dirigentes monárquicos liberales que todavía defendían la figura del rey -como Bugallal o Juan de la Cierva- como a parte de la nueva derecha monárquica -como Goicoechea o Gutiérrez-Ravé-. Se dieron varios discursos en los que se lanzaron algunos mensajes contradictorios. Por un lado, se defendió el carácter liberal de la monarquía española, mientras que por otro se postuló su esencia autoritaria, de defensa del orden y enemiga del socialismo.⁶⁷ Sin ninguna duda, este sería el canto del cisne del monarquismo como movimiento de masas, pues desde ese momento la Corona ya no supo reunir en torno suyo amplias bases de apoyo que defendieran el trono.

Por otra parte, este fracasado intento de volver a un sistema liberal tampoco gustó en absoluto a la nueva derecha monárquica que había defendido a la Corona durante la dictadura y que ahora se sentía traicionada al ver que el rey, que tanta connivencia ideológica había tenido con ellos en los años veinte, les daba la espalda. Así, es entendible que la continuadora de la UP, la Unión Monárquica Nacional (en adelante UMN), realizase algunas críticas al rey por su traición a Primo de Rivera.⁶⁸ De hecho, la nueva formación hereditaria de la dictadura abogaba por una reducción del poder regio para evitar repetir lo ocurrido.⁶⁹ Tras la conformación del gobierno del almirante Aznar, la UMN criticaba su exclusión del poder: “Todos los partidos dinásticos tienen representación en el nuevo Gabinete, excepto la Unión Monárquica Nacional, que por razones que todos suponen no ha sido llamada en la persona de su jefe”.⁷⁰

Unas críticas que tuvieron su continuación durante la II República por parte de algunos monárquicos alfonsinos y que les llevaron a defender la abdicación del monarca a

⁶⁴ Maura Gamazo, G.: *Al servicio de la Historia. Bosquejo histórico de la dictadura. Tomo II. 1926-1930*, Madrid: Javier Morata, pp. 258-259. Sobre la FUE, véase González Calleja, E.: “Rebelión en las aulas: un siglo de movilizaciones estudiantiles en España (1965-1968)”, *Ayer*, 59 (2005), 21-49.

⁶⁵ Sobre el conflicto artillero, Navajas Zubeldía, C.: *Ejército, Estado, op. cit.*, pp. 58-73. El antimonarquismo de los artilleros en Hoyos, Marqués de: *Reflexiones. De la Restauración a la Dictadura. Antecedentes de “Mi testimonio”*, Madrid: Afrodísio Aguado, 1963, p. 204.

⁶⁶ Archivo General de Palacio, Sección Reinados, Alfonso XIII, C^a 15591/1.

⁶⁷ *ABC*, 22 de abril de 1930.

⁶⁸ González Cuevas, P. C.: *Acción Española, op. cit.*, p. 116.

⁶⁹ Morodo, R.: *Acción Española. Orígenes, op. cit.*, p. 88.

⁷⁰ *Unión Monárquica Nacional*, 1 de marzo de 1931, p. 4.

favor del infante don Juan.⁷¹ Es decir, la actitud de Alfonso XIII durante la “Dictablanda” de regresar a un sistema liberal intentando correr un tupido velo a su nacionalcatolicismo de los años veinte generó que los mismos monárquicos mirasen con desconfianza al soberano y que una parte de ellos defendieran la monarquía de don Juan, una persona que no tenía pasado liberal alguno y que se esperaba *a priori* que no realizase estos juegos a dos bandas que tanto gustaban a Alfonso XIII. De ahí que, en 1934, José María Carretero, dijera de don Juan que “en él, todavía, todo es promesa, esperanza, mañana...”.⁷²

Uno de los principales y más importantes cambios que sufre la derecha española con la llegada de la República es su fragmentación. En realidad, esta división ya había comenzado al final de la dictadura primorriverista, cuando tras los ataques del dictador a la iglesia catalana por su supuesto separatismo y con la política corporativista laboral que benefició a los sindicatos socialistas en detrimento de los confesionales, llevó a los católicos sociales a separarse en masa de la Unión Patriótica. Así, cuando la dictadura cae, a comienzos del año 1930 van surgiendo numerosos grupúsculos derechistas como Reacción Nobiliaria, Acción Monárquica o Juventud Monárquica Independiente.⁷³ Una pléyade de diversos partidos cuya nomenclatura claramente monárquica recuerda a aquellos partidos surgidos en 1918 como la Liga de Acción Monárquica, ya mencionada. Una fragmentación que con la llegada de la II República se amplía y se vuelve irreconciliable, a pesar de los constantes intentos de los alfonsinos de liderar una coalición derechista antirrepublicana.⁷⁴ Precisamente será la cuestión dinástica la línea divisoria entre los distintos grupos de derechas. Por un lado, hay una derecha accidentalista (Acción Popular y la CEDA) y, por otro, una derecha monárquica dividida entre alfonsinos y carlistas, que harán alianzas estratégicas puntuales.⁷⁵ De esta forma, no es de extrañar que uno de los principales propagandistas de Alfonso XIII, el periodista Julián Cortés-Cavanillas, publicase en 1934 *Gil Robles, ¿monárquico?*, donde precisamente criticaba su postura accidentalista.

La causa de que sea la cuestión monárquica el elemento que fracciona la derecha se encuentra en la negativa imagen que tuvo para las izquierdas la Corona en los últimos años del reinado de Alfonso XIII. Con el apoyo regio a la dictadura el monarca pasó a ser contemplado como un símbolo de la nueva derecha de entreguerras, además de ser un soberano inconstitucional, al estar suspendida parte de la Carta Magna durante el régimen.⁷⁶ Algo que socavaría severamente la imagen del rey, tal y como manifestó el juicio de la República contra su persona por varias ilegalidades cometidas durante su reinado, entre ellas y, sobre todo, el apoyo a la dictadura de Primo de Rivera. De hecho, las Cortes Constituyentes republicanas le declararon culpable de “alta traición”.⁷⁷ Por otra parte, el intento de regresar a un sistema liberal semejante al de la Restauración empeoró la imagen regia a ojos de los integristas y tradicionalistas que habían visto durante los años veinte en Alfonso XIII al soberano que defendía sus ideales. A todo esto, habría que sumarle las

⁷¹ González Cuevas, P. C.: *Acción Española, op. cit.*, pp. 161, 176...

⁷² El Caballero Audaz, *Don Juan de España, heredero de Alfonso XIII*, Madrid: Ediciones Caballero Audaz, 1934, p. 13 El Caballero Audaz es pseudónimo de José María Carretero.

⁷³ Morodo, R.: *Acción Española. Orígenes, op. cit.*, pp. 85-98.

⁷⁴ Gil Pecharromán, J.: *Conservadores subversivos, op. cit.*

⁷⁵ González Cuevas, P. C.: *Acción Española, op. cit.*, pp. 277 y ss. y Preston, P.: “Alfonsist monarchism and the coming”, *op. cit.*

⁷⁶ *Gaceta de Madrid*, 17 de septiembre de 1923, p. 1121.

⁷⁷ *Gaceta de Madrid*, 28 de noviembre de 1931, p. 1250. Más críticas al rey en *España bajo la dictadura. Siete años sin ley*, Madrid: El Sol, 1930-1933.

tradicionales acusaciones de corrupción y frivolidad que se habían producido a lo largo de su reinado, pero que se multiplicaron con la llegada de la II República. De esta forma, la Corona estaba seriamente desprestigiada, ya fuera por su actitud inconstitucional al respaldar un golpe de Estado, por apoyar una dictadura, por sus veleidades militaristas, por sus sospechas de enriquecimiento ilícito o por su carácter frívolo y vividor en algunos momentos traumáticos de la historia de España (como Annual).⁷⁸ En definitiva, tras 1931 la imagen pública de la monarquía se hallaba en sus peores niveles de reputación.

Esto explicaría también, en parte, la llegada de la II República y que el sector mayoritario de la nueva derecha adoptase una postura accidentalista. Para una parte de la derecha, la monarquía ya no era un símbolo político útil, sino que se había transformado en un elemento polémico que podía reportar más inconvenientes que beneficios. De esta forma, la CEDA pasará a defender el catolicismo y un concepto de nación semejante al de la dictadura, pero sin pasar por el trono.

Incluso entre los propios alfonsinos el monarca también se convirtió en una figura polémica, causa del fraccionamiento de Renovación Española entre los partidarios de Alfonso XIII (encabezados por Goicoechea) y los del infante Juan (Calvo Sotelo). Esto se debió, como ya hemos apuntado, al intento del soberano de regresar al viejo sistema liberal en el año 1930-1931 y al juego a dos bandas que realizó durante la misma república (con Renovación Española y la CEDA). A comienzos de los años treinta el soberano apoyó expresamente al nuevo partido monárquico de Renovación Española. No obstante, cuando el ex rey vio el fracaso electoral de 1933, pasó a avalar el proyecto accidentalista de la CEDA, pensando que Gil Robles, el cual tenía el apoyo más masivo de las derechas, restauraría la monarquía cuando tuviese oportunidad.⁷⁹ De hecho, en 1934 Alfonso XIII incluso llegó a calificar a sus seguidores de Renovación Española como “monárquicos entusiastas, pero de salón”.⁸⁰ Algo que no debió sentar especialmente bien a los propios alfonsinos y que tensó las relaciones entre ellos y el monarca, como bien se puso de manifiesto en la boda del infante Juan, donde Alfonso XIII prohibió a varios de sus seguidores pronunciar discursos y mantuvo un enfrentamiento con ellos, alegando que no abdicaría en su hijo. Boda a la que asistieron unas 7.000 personas gracias a los viajes organizados por *ABC*, *La Nación* y *La Época*, lo que evidenciaba todavía cierta capacidad de movilización de la derecha alfonsina.⁸¹

En lo que respecta a la derecha alfonsina durante la II República nos referiremos a Renovación Española (en adelante, RE) y no tanto Acción Española, que ha recibido mucha más atención por parte de la historiografía.⁸² A grandes rasgos, RE recoge y continúa con el pensamiento primorriverista. Defiende el nacionalcatolicismo, la monarquía como esencia natural de España -y, por lo tanto, la República como la anti-España-, rechaza tajantemente el liberalismo y la democracia en pro de una representación de tipo corporativista. De esta

⁷⁸ Moreno Luzón, J.: “‘Fernando Siete y Media’. Los escándalos de corrupción de Alfonso XIII”, en De Riquer, B., J. L. Pérez Francesch, G. Rubí, L. F. Toledano González y O. Luján Feliu (dirs.): *La corrupción política en la España contemporánea. Un enfoque interdisciplinar*, Madrid: Marcial Pons/UAB, 2018, pp. 259-278.

⁷⁹ González Calleja, E.: “El exrey”, en Moreno Luzón, J. (ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, op. cit., pp. 403-436.

⁸⁰ Cortés Cavanillas, J.: *Confesiones y muerte de Alfonso XIII*, Madrid: Colecciones ABC, 1951, p. 82.

⁸¹ González Cuevas, P. C.: *Acción Española*, op. cit., pp. 308-313.

⁸² Sobre Acción Española puede verse Preston, P.: “Alfonsist monarchism and the coming”, op. cit.; González Cuevas, P. C.: *Acción Española*, op. cit. o Morodo, R.: *Acción Española. Orígenes*, op. cit.

forma, en lo referente a las ideas políticas, la II República no representa un avance o transformación sustancial. Incluso, se produce una continuación entre los intelectuales de esta nueva derecha, que salvo alguna excepción -como la de Eugenio Vegas Latapié- provenían absolutamente todos del primorriverismo. En este sentido es significativo que la revista *Renovación Española* continuase vendiendo la obra que Goicoechea había escrito sobre Alfonso XIII en 1927 con motivo de sus bodas de plata para la revista *Figuras de la Raza*. En cierta manera se radicaliza aún más el lenguaje político. Pero ni siquiera el empleo legítimo de la violencia para derrumbar el sistema será algo novedoso de este tiempo, si se tiene en cuenta que estos sectores derechistas ya abogaban por un golpe de Estado y una dictadura militar en los años previos a 1923. Quizá, el único cambio trascendente que trajo la república fue que con ella se produjo un despertar político de la aristocracia española, la cual había permanecido pasiva durante la dictadura primorriverista. El grupo ideológico monárquico Acción Española fue el “canto del cisne de la aristocracia española”.⁸³

A pesar de la relevancia que adquiere la aristocracia en el movimiento alfonsino, este no debería ser juzgado como un grupo político atrasado, tradicional y arcaico. Es cierto que Acción Española fue algo minoritario y elitista, alejado de las masas. No obstante, hay que recordar que esa era precisamente su función, una suerte de *think tank* destinado a construir una élite intelectual alfonsina y a teorizar sobre la monarquía. Una especie de “laboratorio” de las derechas, como se autodefinía la revista.⁸⁴ Para entender el movimiento alfonsino en su conjunto habría que complementar el estudio de Acción Española con el del partido de Renovación Española, una formación que fue algo más que una tapadera para encubrir sus pretensiones golpistas -que sin duda existieron- como se ha dicho en ocasiones.⁸⁵ De hecho, el partido RE tuvo su propio órgano de difusión a través de la revista homónima *Renovación Española*, que no hay que confundir con el grupo de Acción Española, ni su publicación, aunque ambos se encuentren más que vinculados.⁸⁶ Un breve análisis de RE y sus actuaciones políticas permiten afirmar cómo el grupo alfonsino sí perseguía encontrar el apoyo de unas masas sociales que defendieran la causa monárquica autoritaria y nacionalcatólica que ellos propugnaban. Un proyecto que resultó un fracaso absoluto por varios motivos: la deteriorada y polémica imagen que había dejado Alfonso XIII de la monarquía, las divisiones existentes en el seno de la misma RE, las dificultades que puso el régimen a muchos de los actos de la derecha monárquica a través de la Ley de Defensa de la República o la capitalización de la CEDA como principal fuerza derechista y primera opositora de RE.

Que RE fracasase en su intento de conquistar a las masas no quiere decir que no lo intentase. De hecho, si se atiende a su actuación política se aprecia cómo la manera de hacer política era bastante moderna y no muy alejada de la efectuada durante la dictadura primorriverista. RE realizaba inauguraciones de sus locales por distritos en las cuales organizaba actos con la presencia y discursos de sus diputados. El 6 de enero de 1935 fundaba una escuela católica en Cáceres destinada a hijos de obreros, donde además se dio una comida a los niños y se les repartió juguetes. Ese mismo día, en Gerona, la sección femenina del partido (lo que refuerza su carácter moderno) repartió comida y ropa entre familias necesitadas además de organizar un festival de música. Parece ser que este último

⁸³ *Ibid.*, p. 15.

⁸⁴ Morodo, R.: *Acción Española. Orígenes*, *op. cit.*, p. 61.

⁸⁵ Preston, P.: “Alfonsist monarchism and the coming”, *op. cit.*

⁸⁶ La publicación de *Renovación Española* apenas ha sido objeto de estudio por parte de los historiadores, que se han centrado más en *Acción Española*, una revista de mayor talla intelectual.

acto tuvo un público importante por lo que se decidió repetir otro día. En enero de ese mismo año las Juventudes Monárquicas de Bilbao -una filial de RE- convocaron un concurso nacional de artículos de prensa cuyo tema era la unidad nacional.⁸⁷ No era la primera vez que las Juventudes Monárquicas organizaban un concurso de artículos de periódico. El 23 de enero de 1934 anunciaban su primera edición, cuyo tema fue la figura y el reinado de Alfonso XIII -cuyo primer premio se llevó José María Areilza, presidente de RE en Vizcaya-.⁸⁸ Incluso, en algunas provincias RE llegó a organizar veladas de boxeo y partidos de fútbol. Los repartos de comida y de ropa entre pobres destinadas a obreros de la periferia de las grandes ciudades fueron actos bastante frecuentes de RE. Además, muchas de sus actuaciones -como mítines o inauguraciones de sedes del partido con presencia de los diputados- fueron emitidos por la radio, lo que denotaba una pretensión de máxima difusión de su discurso político.⁸⁹

Cada 23 de enero -fiesta onomástica del ex soberano- organizaban diversos actos en homenaje a la figura de Alfonso XIII, que iban desde las celebraciones de misas, la impartición de conferencias y discursos, hasta las convocatorias de concursos periodísticos ya mencionados. En este sentido, RE llevó a cabo una política de la memoria con el objetivo de no olvidar las grandes fechas del calendario monárquico. Por ejemplo, en el quinto aniversario de la muerte de María Cristina, el 6 de febrero de 1934, Renovación Española organizó una misa en honor de la reina madre en la iglesia de San Jerónimo del Real, todo un símbolo monárquico -al ser la parroquia donde Alfonso XIII celebró su boda con Victoria Eugenia-. También fundó un colegio llamado “don Gonzalo” a comienzos de 1935 en honor del infante muerto recientemente. Fueron varias y numerosas las inauguraciones de nuevos locales y centros monárquicos, donde se ponía un énfasis especial en el carácter interclasista del público, que contaba con la asistencia de numerosos elementos obreros. Incluso a finales de febrero de 1934 RE celebró su primer aniversario con un banquete popular -vigilado por la guardia de asalto- al que asistieron casi un millar de comensales. Ese mismo día por la tarde en un local del partido se inauguró un ciclo de conferencias que duraría varias semanas, que se tenía pensado editar en forma de libro y en el que participarían los principales intelectuales de la derecha española como Goicoechea, Serrano Jover, Lequerica, Maeztu u Honorio Maura.

Puede que la modernidad de la derecha alfonsina no estuviera al nivel que la desarrollada por el socialismo o por las Juventudes de Acción Popular. Sin embargo, tampoco hay que infravalorar las intenciones -que no los logros- del alfonsismo. Recordemos que el Bloque Nacional -coalición electoral de derechas donde estaba integrada RE- creó unas milicias, “Guerrillas de España”, en un intento de paramilitarizar el movimiento, aunque su actuación fue irrisoria.⁹⁰ Otra filial de RE, Derecha de Cataluña, era una formación política muy modernizada, que daba gran importancia a la formación intelectual interna -incluidas las clases proletarias, pues contaba con un círculo obrero- y a la comunicación, llegando a contar con un Comité de Propaganda -algo que se asemeja a los comités de “agitación y propaganda” de los partidos comunistas-. Incluso, algunos de sus carteles electorales tenían una clara estética moderna muy semejante a la fascista (véanse

⁸⁷ *Renovación Española*, enero de 1935, pp. 15-17.

⁸⁸ *Renovación Española*, febrero de 1934, p. 10.

⁸⁹ Un ejemplo de un mitin radiado en *Renovación Española*, noviembre de 1933, p. 3.

⁹⁰ González Cuevas, P. C.: *Acción Española, op. cit.*, p. 317.

las figuras 1 y 2).⁹¹ Algo que, en parte, no debería sorprender, dadas las veleidades fascistas que adquirieron parte de los monárquicos, como Calvo Sotelo.⁹²



Figuras 1 y 2. Fuente: *Renovación Española*, noviembre de 1933.

A pesar de todos estos intentos por lograr apoyos masivos y sociales lo cierto es que el alfonsismo nunca pasó de ser un grupo minoritario. Los propios alfonsinos conscientes de su debilidad siempre buscaron constantemente una unión de todas las derechas bajo su liderazgo, algo que solo consiguieron puntualmente con la alianza electoral realizada con los carlistas a través de la plataforma Bloque Nacional y después TYRE (Traditionalistas Y Renovación Española). Además, esta acción política siempre fue complementada por una acción subversiva contra la república a través de la conspiración de continuos golpes de Estado. El más significativo de ellos fue sin duda la Sanjurjada, cuyo fracaso llevó a una mayor radicalización de las derechas en general. Aunque parece ser que la Sanjurjada no tenía por objetivo una restauración de la monarquía, lo cierto es que los elementos monárquicos estuvieron muy presentes en la intentona golpista. La conexión entre el levantamiento militar del 10 de agosto y el monarquismo fue muy potente.⁹³ Por ejemplo, en la celebración del 12 de octubre de 1932 entre los golpistas deportados a Villa Cisneros se cantaron estrofas que hacían referencia a Alfonso XIII. Incluso, las infantas Beatriz y

⁹¹ Toda la información en *Renovación Española*, octubre de 1933, noviembre de 1933, enero de 1934, febrero de 1934, marzo de 1934, abril de 1934, agosto de 1934, octubre de 1934, noviembre de 1934, diciembre de 1934 y enero de 1935.

⁹² Preston, P.: "Alfonsist monarchism and the coming", *op. cit.*

⁹³ González Cuevas, P. C.: *Acción Española*, *op. cit.*, pp. 165-183.

María Cristina de Borbón enviaron una carta a los desterrados expresándoles su apoyo.⁹⁴ Esta actividad conspirativa contra el gobierno no pararía durante toda la república. Si bien al principio buscaba lograrse el apoyo del ejército en un intento de instrumentalizar a su favor a las fuerzas armadas, finalmente la escasa fuerza de la derecha monárquica hizo que los alfonsinos solo pudieran sumarse al golpe de Estado del 18 de julio de 1936. Los alfonsinos intentaron usar a su favor a los militares, pero acabaron siendo utilizados por ellos y asumiendo un papel secundario y no protagonista en la sublevación militar.

Aunque esto supusiera un fracaso del proyecto subversivo de la derecha alfonsina, en verdad sí se produce cierto triunfo en el campo ideológico si tenemos en cuenta que el franquismo es una continuación parcial -o por lo menos recoge la herencia- de las ideas defendidas por los alfonsinos desde los años veinte. Es decir, fracasó la estrategia política de los alfonsinos, pero no sus ideales. Como bien señaló Gil Pecharromán, “con el establecimiento del régimen dictatorial del general Franco, la promulgación del Decreto de Unificación de las fuerzas políticas nacionales de abril de 1937 y la formación de un Gobierno técnico de mayoría alfonsina, parecieron cumplirse las primeras etapas de la estrategia de construcción del Estado Nuevo teorizada por el grupo de Acción Española”.⁹⁵

Como decimos el franquismo continuó con muchas de las ideas que ya fueron formuladas por la nueva derecha alfonsina durante la dictadura primorriverista. De hecho, las Cortes franquistas se asemejan bastante a la Asamblea Nacional Consultiva -único antecedente español corporativista-. La concepción de un régimen republicano como la anti-España fue otra de las principales ideas que tuvieron su continuidad a partir de 1936. Esto explicaría -entre otras cosas- la promulgación de la Ley de Sucesión de la Jefatura del Estado de 1947 donde España se definía como un reino. Un reino sin rey, pero reino, al fin y al cabo. O, por ejemplo, la gran cantidad de nombres propios que conforman la clase intelectual o propagandista de esta nueva derecha, que comenzaron militando en el primorriverismo y acabaron formando parte o colaborando en el régimen franquista y que pasaron también por Renovación Española. Solo por citar a algunos nombres: Pemán, Pemartín, el conde de Vallengano, Yanguas-Messía, Areilza, Cortés Cavanillas, Goicoechea, Maeztu, Jorge Vigón, César Silió... Muchos de ellos acabarían ingresando en la Academia de Ciencias Morales y Políticas durante el régimen franquista.

Conclusiones

Al calor de la Primera Guerra Mundial comenzaron a surgir una serie de nuevas derechas que comenzarían atacando duramente el sistema de la Restauración para finalmente acabar abjurando del liberalismo y sus principales pilares. A pesar de que muchas veces se ha contemplado la proclamación de la II República como el punto de ruptura y de surgimiento de esta nueva derecha, aquí se sostiene que esta comienza a desarrollarse y a adquirir sus rasgos modernos durante la dictadura de Primo de Rivera. Es cierto que la República supondrá una radicalización de las mismas, pero en los años veinte ya se empiezan a avectar muchos de los fenómenos que se asentarán en los treinta.

El rechazo total y absoluto al liberalismo, a la democracia, al parlamentarismo, al socialismo, la defensa del militarismo y de unos valores tradicionales y de jerarquía, del autoritarismo y del corporativismo como verdadera y perfecta representación de la

⁹⁴ Pérez García, G.: “La colonia penitenciaria de Villa Cisneros. Deportaciones y fugas durante la Segunda República”, *Historia y Comunicación Social*, Vol. 7 (2002), 169-186.

⁹⁵ Gil Pecharromán, J.: *Conservadores subversivos*, op. cit., p. 273.

sociedad; una economía, sino dirigida, sí por lo menos tutelada por el Estado; la búsqueda de nacionalizar y movilizar a las masas –neutras, como diría Maura-; y, sobre todo, la defensa de la religión y de la monarquía -o el rechazo a la república- como esencias de la nación, serán a grandes rasgos las ideas defendidas por la nueva derecha monárquica a lo largo de todo el periodo de entreguerras. Todo ello expresado a través de una serie de símbolos políticos y de un lenguaje político agresivo.

Muchos de estos elementos se comenzarían a dar en los años de la crisis de la Restauración, para ir configurándose en la dictadura de Primo de Rivera y terminar de definirse durante la II República, que no hizo sino intensificar aún más estos fenómenos. Es cierto, por ejemplo, que el grado de violencia de estas derechas es mucho más exacerbado en los treinta que en la década precedente. No obstante, en los años veinte hemos observado cómo empiezan a desarrollarse algunos antecedentes que avicinan los años treinta. Si no se puede hablar de una violencia política en los años veinte, sí se puede decir que al menos se empieza a desarrollar un lenguaje político agresivo que legitima el uso de la violencia contra los declarados enemigos de la patria. El caso de la defensa de la Corona en 1925 ante las críticas de Blasco Ibáñez o Unamuno son palmarios. Frente al ataque a uno de los pilares más importantes del españolismo, muchos monárquicos no solo no dudaron en salvaguardar al soberano de toda acusación, sino que además arremetieron contra sus críticos con toda la agresividad verbal posible. La declaración de estos republicanos como “antiespañoles” y enemigos de la patria, justificaba una defensa a ultranza y a cualquier coste de la monarquía.

No obstante, hay que recalcar la idea de que esta nueva derecha monárquica está conformada por diversos grupos diferenciados muchas veces por pequeñas cuestiones -intervención del Estado en la economía y en educación, centralización del Estado, regionalismo...- que permitieron en ocasiones la unificación de dichos sectores bajo un mismo régimen -el primorriverista o franquista- con el establecimiento de un mínimo común denominador que *satisfacía* a todos. Lo que no quita de ciertas discrepancias entre ellos. No obstante, con la caída la monarquía y deterioro de su imagen pública la cuestión de la forma de Estado será algo que hará irreconciliable a algunos elementos de las derechas fragmentando aún más el tablero político.

A pesar de esto, lo cierto es que la II República no trajo tantos cambios y transformaciones en lo que respecta a la derecha monárquica alfonsina. La imagen pública regia y el pensamiento político que la derecha alfonsina fomentó durante la II República era en gran medida la misma que la efectuada durante la dictadura de Primo de Rivera. Para estos monárquicos, la Corona representó durante todo el periodo de entreguerras un nacionalismo españolista, la defensa de la unidad nacional, del orden, un freno a la revolución, al socialismo -que eran las consecuencias lógicas de la democracia y el liberalismo-, el autoritarismo y, sobre todo, el mantenimiento del catolicismo como esencia patria. De hecho, la profunda imbricación ideológica entre monarquía y catolicismo, construida especialmente durante la dictadura primorriverista, como se ha visto, no desapareció y tuvo su continuación durante la II República, siendo uno de los motivos de rechazo del proyecto republicano por parte de sectores católicos.⁹⁶

En este texto se ha pretendido demostrar también cómo el monarquismo fue un eje fundamental para estos nuevos grupos derechistas surgidos tras la conflagración mundial.

⁹⁶ Ramón Solans, F. J.: “«¡Viva Cristo Rey!» Catolicismo y monarquía ante la Segunda República”, en Gómez Oliver, M. (dir.), Ortega López, T. M^a. y M. Á. del Arco Blanco (eds.): *Hacia una nueva España. A los 90 años de la Segunda República Española*. Granada: Comares, 2021, pp. 25-38.

En muchas ocasiones se ha tendido a infravalorar el peso de la Corona en las nuevas ideologías de entreguerras. En parte creemos que esto se debe a que la monarquía siempre ha sido contemplada como un elemento arcaico y tradicional, más propio del siglo XIX que del XX. Sin embargo, aquí se defiende que el trono lejos de ser algo vetusto fue una institución capaz de adaptarse a los nuevos tiempos. Ya lo hizo en el siglo XIX pasando del absolutismo al liberalismo y nacionalismo, y lo haría en el XX adaptándose a la nueva política radical, violenta (o agresiva) y de masas. Si en la segunda mitad del siglo XIX las diversas coronas se adaptarían al surgimiento paulatino de las masas a través de la nacionalización de las monarquías, en España en los años veinte estaríamos ante una *monarquización* de la nación. Esta configuraría, en parte del imaginario colectivo, la concepción natural de España como una monarquía, contemplando la república como algo ajeno, negativo y antinacional.

De hecho, esta concepción negativa de la república ya fue desarrollada durante la dictadura de Primo de Rivera y no durante el régimen republicano. En los años treinta esta tendencia antirrepublicana tuvo su continuación y exacerbación recogiendo gratamente el testigo el franquismo. Sería uno de los motivos por los cuales Franco en 1947 definiría España como un reino, aunque sin soberano. La forma de Estado republicana seguía teniendo una concepción tremendamente negativa en gran parte de los sectores derechistas, como lo habían demostrado Acción Española o RE. Si esto ya se había comenzado a concebir en los años veinte, la experiencia de la II República no haría sino reforzar este pensamiento. De esta manera, habría sido tremendamente complicado que Franco hubiera declarado España como una república, pues muchos de sus apoyos vinculaban esta forma de gobierno con algo negativo, extranjero y con el caos social. La monarquía seguía representando orden, jerarquía y continuidad del hilo histórico nacional. Para ellos, España históricamente siempre había sido una monarquía, y su glorioso pasado había sido logrado bajo una monarquía imperial. Por tanto, el intento de volver a engrandecer la nación mediante un proyecto republicano solo podía ser contemplado como algo antinatural para España.

De esta manera, se puede ver cómo la monarquía lejos de ser una cuestión secundaria, fue un tema fundamental para estas nuevas derechas. Hasta el punto de que el monarquismo fue un lugar común y supuso un *continuum* durante todo el periodo de entreguerras, que acabaría teniendo su influencia en el régimen franquista. No convendría infravalorar el peso de la cuestión dinástica en la política moderna, más teniendo en cuenta la importancia que adquirió para no pocos grupos derechistas.

Por último, antes de finalizar, es necesario resaltar la idea de continuar investigando sobre el partido de Renovación Española. El tema de la derecha alfonsina durante la II República ha sido certeramente estudiado por parte de algunos historiadores, especialmente Gil Pecharromán y González Cuevas. No obstante, sus investigaciones están realizadas fundamentalmente desde el punto de vista de las ideas políticas y centradas en Acción Española. Por eso, un estudio detallado sobre la organización, los actos y la manera de hacer política de Renovación Española podría enriquecer la visión sobre la derecha alfonsina durante el periodo republicano y dar la importancia que se merece a este grupo político, un tanto desdeñado por parte de la historiografía. Algo que se ha intentado en este texto mediante una primera aproximación.